

## **HOMENAJE DEL AYUNTAMIENTO DE TOLEDO AL PINTOR GUERRERO MALAGÓN**

El día 29 de marzo de 1996, el Excmo. Ayuntamiento de Toledo en su sala capitular, tributó un homenaje a Cecilio Guerrero Malagón nombrándole Hijo Adoptivo y dedicándole una calle de la ciudad.

Esta Real Academia fue requerida para participar en dicho homenaje al que asistieron la casi totalidad de sus miembros. En el transcurso del acto, nuestro director, el Excmo. Sr. D. Félix del Valle y Díaz, pronunció el siguiente discurso.

### **LA INCUESTIONABLE PERSONALIDAD ARTÍSTICA DE GUERRERO MALAGÓN**

**FÉLIX DEL VALLE Y DÍAZ**

**Director**

Antes de nada, quiero, en primer lugar, lamentar que la enfermedad que postra en cama a Guerrero Malagón, nos prive de su presencia en día tan señalado, y expresar nuestro deseo a la familia de que se recupere, como él ya ha hecho en ocasiones anteriores, y podamos contar pronto con su presencia.

Después, agradecer al Sr. Alcalde y a la Corporación Municipal que preside, la invitación que han hecho a la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, para que participemos en este homenaje. Y al mismo tiempo reiterarles nuestra disponibili-

dad a colaborar en cuantos asuntos relacionados con la Historia y el Arte, estimen oportuno recabar nuestro concurso.

Pero quiero sobre todo expresar nuestro agradecimiento porque, una vez más, este Ayuntamiento rinde homenaje a un miembro de nuestra Real institución de forma tan singular, dedicándole nada menos, que una calle de nuestra querida Toledo.

Es este un honor del que se siente participe la toledana Real Academia de Bellas Artes al recaer en uno de sus miembros más destacados, el Ilmo. Sr. D. Cecilio Guerrero Malagón.

Pertenece Guerrero Malagón a la sección de Bellas Artes de nuestra institución, pues, como Vds. saben, ésta está compuesta en dos secciones desde su fundación: Bellas Artes y Ciencias Históricas. Pero Guerrero desarrolla actividades en ambos bandos, como ha sido habitual en algunos otros miembros en la historia de nuestra Academia. Pongamos como ejemplo el que fuera su primer director D. Rafael Ramírez de Arellano, valiosísimo historiador que dejara escritos una veintena de libros, varios de ellos referidos a Toledo, y que en el campo de las Bellas Artes dejara muestras tan notables como su autorretrato, colgado hoy en la galería de directores de nuestra entidad.

Ya en nuestros días, uno de los académicos con capacidades demostradas en ambas secciones, es Cecilio Guerrero Malagón, cuya obra pictórica es bien conocida universalmente y de cuyos escritos sobre Ciencias Históricas dan fe las numerosas publicaciones recogidas en su mayoría en el boletín "Toletum" de nuestra Academia.

Mucho se ha dicho ya sobre Guerrero Malagón. Y mucho se ha escrito. Utilizando una frase hecha diremos que se han vertido "ríos de tinta" en opiniones sobre su obra y su personalidad, pasando casi siempre por su infancia y su adolescencia. Ilustres plumas como la de Gregorio Marañón, Félix Ros y otros, han glosado en periódicos nacionales y extranjeros las creaciones artísticas de este pintor nacido en Urda, que es ya una gloria de la pintura toledana de todos los

tiempos, y muy en particular, de la pintura toledana del siglo XX. Y en las publicaciones de la Real Academia están recogidas innumerables expertas opiniones sobre este insigne pintor, entre las que podemos destacar las intervenciones de los siete académicos que disertamos durante más de hora y media sobre nuestro querido compañero, con motivo de la inauguración, en su pueblo natal, del museo que contiene la mayor parte de su obra; uno de los museos más importantes de pintura contemporánea abierto en los últimos años.

Mucho se ha dicho de él, pero aún queda mucho por decir. Tanto, que nos gustaría decirlo todo con esta ocasión de su homenaje, en el que el Ayuntamiento de su Toledo le dedica una calle de su querida ciudad, una de esas calles en las que él tantas veces pusiera su caballete para pintarlas, esas calles a las que yo imagino coquetas poniendo su mejor sonrisa cuando veían a Guerrero empuñando sus pinceles, para salir guapas en el retrato. Una de esas calles que, esta Ilustre Corporación Municipal, le regala a Cecilio Guerrero para que su nombre quede unido a ella para siempre.

Me gustaría decirlo todo sobre Guerrero con esta ocasión. Pero no puedo. Los pocos minutos de que dispongo dan escasamente para intentar desarrollar un tema, para intentar hacer una aclaración sobre su obra, que ya hace tiempo viene quemando mis entrañas de amigo. Y esa aclaración es, la de afirmar la existencia de su marcada personalidad.

Unos han dicho de él que es el Goya del siglo XX; otros, que el Solana toledano; y yo digo de él que es el Guerrero Malagón de su tiempo y de su Toledo.

Yo sé muy bien que quienes han dicho que la obra de Guerrero se parece a la de Solana y a ciertos cuadros de Goya, no les guiaba otra intención que la de alabar con la comparación las creaciones de Guerrero Malagón. Pero tengo que confesar que estas comparaciones me han molestado siempre, por cuanto podría interpretarse por ellas cierta falta de personalidad en nuestro pintor, lo cual no es cierto; y

tengo motivos, que expondré, para asegurarlo. No es cierto que la obra de Guerrero haya surgido bajo el influjo de las creaciones de otros pintores. Ni siquiera bajo la influencia del Greco. A Guerrero le sobra personalidad artística para crear por sí mismo. Para quienes conocemos su trayectoria, empezó a demostrarlo desde la obra de su infancia.

Es cierto que la historia está llena de casos de artistas cuyas obras se parecen a las de otros, sencillamente por la influencia de aquellos que les impresionaron, y de cuyo influjo no pudieron desasirse, o tal vez no quisieron, o nunca les preocupó el parecido, o, por qué no, se encontraron felices y orgullosos con esa influencia. Tal es el caso de Tristán con El Greco, de Orrente con Bassano, de Bocanegra con Alonso Cano, etc. etc.

Pero no es este el caso de Guerrero, aunque sí sea cierto que admire, cómo no, al Greco, a Goya y a Solana. Hay otros fenómenos en el arte que llevan a que obras de artistas de distintas épocas se parezcan, sin que entre ellos haya habido ninguna comunicación, ni que se hayan de antemano conocido sus obras entre sí. Son estos casos, aún sin estudiar en profundidad, que pertenecen al mundo de la psicología de la percepción, de los que ya se han empezado a ocupar estudiosos como Martín Schuster, Hort Beis o Rudolf Arns, entre otros, a los que puede pertenecer el caso de Guerrero Malagón con Goya, que es con quien más se le ha comparado, sobre todo con las llamadas "pinturas negras" del pintor de Fuendetodos.

Si nos detenemos a comparar la vida de Guerrero con la de Goya, encontraremos que, a primera vista, no hay motivos para encontrar justificados ciertos parecidos en sus obras, si bien es cierto que los hay. Ya hace mucho tiempo que se sabe que "el resultado de la percepción humana no constituye una copia fotográfica de los elementos del entorno, sino que existe una serie de procesos de elaboración que transforman la información recibida". Algo que sólo podemos confirmar cuando esa transformación de la información recibida

nos es mostrada en un cuadro. Siendo esto así, habría que preguntarse por qué la coincidencia de ciertos individuos en esos "procesos de elaboración" o en esa "transformación de la información recibida". Hay quien se inclina a adentrarse, para averiguar esto, en la "investigación comparada de la conducta", que podría dar ciertos resultados en las conductas coincidentes de los individuos que transformasen de forma análoga las informaciones que reciben. Intentando hacer alguna investigación comparada de las conductas de los dos artistas que nos ocupan, Goya y Guerrero, nos encontramos con escasas coincidencias.

Goya, de quien por cierto se cumple mañana el doscientos cincuenta aniversario de su nacimiento, ya que nació el treinta de marzo de 1746, tuvo una infancia con sus necesidades cubiertas, pues su madre pertenecía a la pequeña nobleza aragonesa, por lo que alimentos y vestuario no le faltaron; su padre, dorador de retablos, pudo ser el sostén de las primeras inclinaciones artísticas de Goya niño. Guerrero, sin embargo, hijo de pastor, ocupó su niñez cuidando rebaños con su padre por las brañas de Urda y las aguas del río Amarguillo.

Y mientras Goya recibía las bases de su cultura en una escuela de religiosos en Zaragoza, Guerrero aprendía a manejar la navaja cabrera de su padre tallando los palos que iba encontrando en su deambular por los Montes de Toledo. Mientras el joven Goya se instruía aprendiendo los números y las letras en aquel colegio de religiosos, el pastorcillo de Urda, en su época equivalente, aprendía absorto las maravillas de la Naturaleza tumbado sobre las cumbres onduladas de las lomas, contemplando el campo como una sábana inmensa llena de verdes matices y teñida de violetas en el lejano horizonte que, extendida sobre el paisaje cubría los montes y los valles, y los arroyos y los olivares, y los tímidos caseríos; como la que luego retrató en un mural de "Toledo y su provincia" para una entidad bancaria toledana, soñada y gestada sin duda en aquellas lecciones al aire libre recibidas en su niñez.

Y cuando terminadas las clases en la tarde, Goya jugara con sus compañeros en aquel griterío del patio de su colegio rodeado de amistades que le serían después tan útiles como la de Martín Zapater, Guerrero al anochecer recogía su rebaño y llenaba su soledad y su silencio escuchando el maravilloso concierto de las esquilas de sus cabras y el balar de sus ovejas, mientras los grises pardos teñidos de morado tendían una sábana en el cielo, como cubriendo el paisaje para que no fuera tocado hasta salir el sol.

Fueron diferentes sus vidas. Recibieron su instrucción cada uno por un camino diferente.

Encontramos la primera coincidencia en sus comienzos artísticos: a los catorce años de edad ingresaba Goya en el taller del pintor José Luzán, y Guerrero, a la misma edad, ingresaba becado en la Escuela de Artes de Toledo.

Pero luego sus vidas siguen siendo diferentes. En la formación de Goya como pintor se incluyen sus estancias en Roma y, después, su boda con la hermana del entonces influyente en el mundo de la pintura Francisco Bayeu; mientras Guerrero, al contraer feliz matrimonio con la que ha sido siempre su leal y fiel compañera, Esperanza, tiene que recurrir a trabajar de tallista de muebles para sacar adelante su familia. El parentesco político de Goya le facilita los encargos de los cartones para tapices de la Real Fábrica de Santa Bárbara bajo la influencia de Bayeu en las composiciones, a los que siguen otras series de cartones sobre temas ideados por Mengs. Ingresa así Goya en la dinámica de los encargos hasta ser nombrado "pintor de cámara", pasando después a la etapa de los retratos. Hay una aparente felicidad en su vida pictórica; pero, es sólo aparente. En el pintor aragonés hay algo que no ha podido sacar afuera. Está pintando desde que empezó siguiendo, de alguna manera, instrucciones de otros; en los primeros cartones, el gusto de su cuñado Bayeu; en los cartones sucesivos, pintando las ideas de Mengs; en el resto de los encargos, las directrices de quienes pagaban; y en los retratos, el compro-

miso de favorecer el semblante de los retratados para que estos siguieran recomendándole a sus amigos. Hay un grabado de Goya que hace referencia a esta situación soportada por el artista, donde narra la historia de un retrato entre un asno y un mono.

Tuvo que pasar mucho tiempo para que Goya pudiera pintar lo que quería y como quería. Incluso una guerra tuvo que pasar. Por cierto, esta es la segunda coincidencia con la vida de Guerrero.

Un poco antes de esta guerra, la de la Independencia, Goya había quedado sordo como consecuencia de una enfermedad sufrida en Cádiz, y a su regreso a Madrid empieza a sentir en su espíritu las primeras incomodidades políticas: dos de sus amigos, Jovellanos y Bermudes, fueron expulsados de la corte bajo sospecha. Su incomodidad se acrecentaba a causa de su obligada conducta como pintor oficial de cámara, y la necesidad de no exteriorizar sentimientos que le impidieran seguir retratando a gente importante. Pero el cambio en sus creaciones había empezado a germinar y, aunque para conservar su cargo oficial, retratará lo mismo a José Bonaparte que a Fernando VII, hay algo en él que no le hace sentirse feliz por no estar al lado de los suyos, y en sus necesidades de expresarse crea la serie de grabados titulada "Los desastres de la guerra", que si bien no se imprime hasta varios años después, marca en Francisco de Goya su actitud al lado del pueblo. Siguen luego cuadros importantes como "La lucha con los mamelucos" o "Los fusilamientos de la Moncloa", que aclaran el sentimiento patriótico del de Fuendetodos, y donde su paleta se hace más expresiva. Pero su sentido pictórico está comprimido como un muelle, al que por fin, en una explosión gestada durante años, da rienda suelta y produce "las pinturas negras" para decorar su casa de campo a orillas del Manzanares, en las que su expresionismo contenido durante su vida, queda liberado para poder pintar lo que quiere sin órdenes de ninguna clase.

Guerrero, sin embargo, en sus años equivalentes, no ha tenido necesidad de reprimir sus sentimientos expresionistas. Pocas veces

ha pintado por encargo o al dictado de nadie. No ha tenido, por tanto, ninguna necesidad de reprimirse. En cuanto a los retratos, ¿por qué va a reprimir su personalidad un artista que ha acostumbrado su mano a seguir siempre los impulsos de su corazón? Está por lo tanto completamente intacta la personalidad artística de Guerrero. Quedan así compensadas las carencias de su formación con el goce de su libertad de expresión. Cosa contraria en el caso de Goya.

Decía Sigmund Freud: "la intención del artista, en cuanto ha logrado expresarla en su obra y hacernosla aprehensible es, en mi opinión, lo que nos atrae con tanta intensidad".

Yo he comparado muchas veces la expresión del artista en la obra de Guerrero con estas "pinturas negras" de Goya; y en ambas obras me ha parecido ver que cuando un artista con genio creador pinta volcando su intención expresiva sin pensar en los gustos de su comprador, es cuando más pura le sale la obra, y cuando, como dice Freud, más logra con ella atraer nuestra atención.

Por esto, tanto las "pinturas negras" de Goya, como la totalidad de la obra de Guerrero, podrían ser objeto de análisis en la llamada "investigación comparada de la conducta", a fin de averiguar qué clase de coincidencias en sus vidas les han hecho crear sin influencias del uno en el otro.

Dejemos el asunto para los especialistas, o para nosotros en momentos de mayor sosiego, en los que tal vez intentemos investigar incluso las necesidades estéticas que afloran tempranamente en el hombre sensible, ocasionándole a menudo deseos de manifestarse por caminos del arte, a las que Schuster llama "necesidades superiores" a fin de distinguirlas de las necesidades instintivas o "vulgares", según sus propias palabras.

Estamos seguros de que Guerrero jamás copió nada a Goya, y baste para corroborarlo la siguiente anécdota de cuando él viniera de niño a Toledo, escuchada al propio Guerrero hace ya muchos años: En más de una ocasión -cuenta Guerrero- me pedían mostrar los di-



bujos que había traído del pueblo, hechos en burdo papel de envolver y con trozos de carbón de la lumbre. Enseguida, quien los veía, solía exclamar: "estos dibujos parecen de Goya; se podría decir que son de Goya". Y yo -me decía Guerrero- siempre que oía esto me quedaba pensando ¿quién será esa señora Goya a la que atribuyen mis dibujos?, a ver si me la presentan algún día.

Queda demostrado con esto la total ausencia de influencia de Goya hacia Guerrero, pues éste no sólo no conocía en esos momentos la obra del genial pintor aragonés, sino que ni siquiera sabía de su existencia. Es pues, éste uno de esos casos en los que la coincidencia de ciertas vivencias, emociones, carencias y hasta de temores -no olvidemos que ambos pasaron una guerra- unido, tal vez, a sus iguales o parecidas necesidades de manifestarse artísticamente, esas necesidades "superiores" de que hablábamos, puedan hacer hecho coincidir sus valoraciones sobre su expresividad en la pintura.

Teniendo yo diez o doce años, pasaba a diario por la plaza del Padre Juan de Mariana, y allí, en los bajos de un casa de la esquina frente a Hacienda, tenía Guerrero su taller de tallista. Yo miraba sin darle importancia aquel taller que, para mí, por ver maderas en él, sólo era una carpintería; hasta que un día, al echar mi diaria mirada, vi cómo un hombre estaba haciendo de un tronco un santo. Por aquel entonces, don Mariano López Fando, a la sazón profesor de Química de la Escuela de Artes y Oficios, había descubierto mi afición y habilidad para el dibujo y me había llevado como "oyente" a la Escuela de Artes. No es de extrañar, por tanto, que habiéndose despertado ya en mí cierta afición por el arte, me quedara clavado en el umbral de aquel taller observando y admirando a aquel hombre. Desde entonces me paraba unos minutos cada día, a veces pasaban de la hora, absorto en el manejo de las gubias con las que aquel enigmático hombre, joven pero muy serio, daba vida a sus maderos. No nos cruzamos nunca la palabra en aquellas mis visitas diarias a su puerta. Nos mirábamos ambos en silencio. Yo procuraba no molestarle y él aparenta-

ba ignorarme; aunque me pareció advertir alguna vez dibujarse una sonrisa en la comisura de sus labios a mi llegada.

Habían pasado algunos años cuando yo le hablé de estos silenciosos encuentros. Eramos ambos profesores en la Escuela de Artes. Él sólo tenía una vaga idea de aquellas visitas, pero se rio mucho cuando le dije que un día llevé a unos amigos diciéndoles que íbamos a ver al Papa; y al llegar a su taller les mostré "al hombre que hacía santos".

Compartí con Guerrero Malagón labores docentes en la toledana Escuela de Artes, y más tarde compartimos también desvelos e inquietudes en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Entidad desde donde ya se le han tributado homenajes, como fue la sesión extraordinaria pública y solemne en su pueblo natal, Urda, con motivo de la inauguración de su museo. Entidad ésta, la Academia, que hoy participa con el beneplácito de todos sus miembros en este magno homenaje del que nos sentimos partícipes en el ofrecimiento y un poco también en la recepción, por estar dedicado a uno de nuestros miembros, parte integrante de nuestro ser.

En nombre pues, de esta toledana institución, gracias Sr. Alcalde por invitarnos a participar, gracias Sr. Alcalde y Corporación Municipal por hacernos sentir también partícipes.

Querido Cecilio Guerrero Malagón, dignísimamente representado hoy por tus hijos y tus nietos: un abrazo.